

campesinas fueron excluidas totalmente de cualquier participación en las instituciones". "No hubo cambios importantes respecto de la época colonial", "no cambió la geografía agrícola ni la técnica aplicada", dicen Berlingeri y Gil. "La estructura del sector minero no pudo asimilar los elementos para su transformación", añade Urrutia. Y, después de comprobar el crecimiento brutal del comercio exterior (de 45 a 290 mil toneladas en el segundo cuarto del siglo), Herrera especula sobre el supuesto de que las estructuras del comercio interno "permanecieron casi inalterables". Pero ¿las masas campesinas tuvieron alguna vez —antes o después— participación real en el poder y las instituciones? ¿La geografía agrícola podía cambiar en el corto plazo? ¿Convenía a alguien, fuera de los especuladores ingleses, que la minería mexicana asimilara los elementos transformadores (técnicas, remuneración asalariada, etcétera) que el mismo estudio muestra como inoperantes?

Por otro lado el capitalismo dependiente del porfiriato tampoco parece tan prístino. Estuvo acompañado por elementos claramente precapitalistas como lo muestran la ampliación sin precedente del peonaje y otras formas casi esclavistas de trabajo servil. La economía mexicana de fin de siglo no parece haber sido más dependiente del exterior que la de 1856, o la de 1810; si acaso, su mayor solidez y fortaleza, su nueva diversificación agroexportadora, la hacían menos dependiente de la voluntad de cualquier potencia extranjera específica. Su problema era que había crecido en forma monstruosa y tenía pies de barro.

Rodolfo PASTOR
El Colegio de México

Jerónimo de ALCALÁ: *La relación de Michoacán*, versión paleográfica, separación de textos, ordenación coloquial, estudio preliminar y notas de Francisco Miranda, Morelia, Fimax Publicistas Editores, 1980. XLV + 398 pp., illus. «Colección "Estudios michoacanos", V.»

Esta nueva versión de la *Relación de Michoacán*, anunciada y esperada desde hace tiempo, será sin duda bienvenida por los estudiosos de la historia indígena y apreciada en las bibliotecas especializadas, aunque su limitado tiraje la condena a ser una de esas ediciones que rara vez se ven. Esto es una pena porque la

Relación continuará siendo, como hasta ahora, privilegio de un escaso público, y porque la presentación del texto que esta edición nos ofrece es novedosa y merece ser ampliamente conocida y considerada.

La edición incorpora en su totalidad las partes conservadas del manuscrito y reproduce las ilustraciones a colores. El texto que ofrece proviene de una transcripción paleográfica nueva, moderadamente modernizada, a la que se le añadió la puntuación conveniente. El texto resultante se dividió en párrafos numerados, disponiendo además los numerosos diálogos de la *Relación* en la forma que los presentaría una novela. Esto es lo más novedoso de la edición, y resulta por demás apropiado al curioso texto de la *Relación*, cuya vitalidad y frescura le han ganado valor como obra literaria. Otro aspecto novedoso es la utilización de letras de diferentes fuentes para distinguir con un tipo fino los textos narrativos o explicativos del intérprete español y con un tipo grueso los diálogos y narraciones atribuidos por éste, o atribuibles, a los informantes indígenas. Los vocablos en lengua de Michoacán, por su parte, se distinguen con cursivas. Estos recursos permiten resaltar los valores y características de la obra y dar visibilidad a ciertos datos.

Aunque en varios sentidos es más perfeccionada que las anteriores, esta edición no puede ser calificada como crítica. Las anotaciones al texto son muy pocas y el estudio preliminar es un texto carente de sofisticación y de perspectiva que sólo ayuda a identificar y describir el manuscrito mediante la recopilación de varios datos pertinentes. Siendo ésta la primera edición cuya portada aparece encabezada por el nombre de fray Jerónimo de Alcalá, cuya identidad como autor de la *Relación* fue sugerida por J. Benedict Warren en un artículo hace algunos años, resulta descorazonador que el dato se acepte casi sin ninguna discusión. Tampoco hay comentarios elaborados de las pinturas. Para el investigador será sin duda conveniente servirse de esta edición auxiliándose con el artículo de Warren (*The Americas*, xxvii:3, ene. 1971, pp. 307-326) y los estudios preliminares que aparecieron en la ya rara edición madrileña (1956) de la *Relación*. Para el interesado en las peripecias bibliográficas de la *Relación* será también útil revisar la reseña que hizo de esa edición John B. Glass (*Hispanic American Historical Review*, xxxviii:3, ago. 1958, pp. 550-551). Debe recordarse que la propia editorial Fimax publicó en la misma serie "Estudios michoacanos" otro estudio del propio Warren,

La conquista de Michoacán (1977), en el que las referencias a la *Relación*, en lo que toca al tema, son muy numerosas e incluyen comentarios muy útiles sobre el significado de algunos pasajes y advertencias sobre posibles errores de interpretación en que incurrió el autor de la *Relación*. El esfuerzo de anotar el ejemplar de la nueva edición con algunas de las observaciones fundamentales de otras ediciones y estudios relacionados puede significar algún tiempo para el lector, pero sin duda le redituará una lectura más instructiva.

De hecho, este libro llegará al investigador provisto de una buena dosis de trabajo por hacer. El lector cuidadoso se encontrará muy pronto con numerosos detalles que no hacen sencilla su consulta. En primer lugar, no hay llamadas numeradas, ni siquiera asteriscos, que remitan del texto a las notas, que aparecen al final del libro, de manera que es necesario trasladarlas a aquél o marcar unas señales que permitan advertir la existencia de una nota. En segundo lugar, la numeración de los párrafos que la edición proporciona no es corrida sino que se reinicia con cada capítulo, y como la obra se divide de por sí en capítulos que por lo regular son muy cortos —y que, en rigor, no son verdaderos capítulos— esa numeración rara vez rebasa las tres decenas. Así resulta poco útil, ya que la identificación de un párrafo por su número está sujeta a la previa identificación de tres partes principales y de más de sesenta breves capítulos. Pero esto no es todo. El nutrido índice onomástico con que se cierra la edición no refiere al lector a la paginación del libro, sino a la numeración de los párrafos, y como las cornisas no proporcionan guías adecuadas el lector queda desorientado y obligado a recorrer varias páginas antes de encontrar lo que busca, a menos de que anote en la cornisa de cada página el número de capítulo correspondiente. En tercer lugar, no se puede aceptar a ciegas a la distinción que se nos ofrece entre los textos de los informantes indígenas y los del recopilador español, ya que en algunos casos no es posible hacer tal distinción, o queda sujeta a interpretación personal.

Hay otro detalle ante el que nada se puede hacer, y aunque no es cuestión de fondo hace de la lectura de esta edición un martirio para la vista. En el texto, como dijimos, se emplean letras de tipo fino y de tipo grueso, además de las cursivas reservadas para los nombres indígenas michoacanos. De éstos el texto proporciona tantos, y los repite tan a menudo, que cada página está salpicada de cursivas. Y éstas son siempre de un tipo fino, aunque

estén dentro de un párrafo formado con tipo grueso. El efecto negativo es evidente en los textos atribuidos a los informantes indígenas, donde el lector tiene que saltar numerosas veces en cada página de redondas gruesas a cursivas finas. Como se sabe, la selección de tipos adecuados es fundamental para que la lectura de un texto no requiera de un esfuerzo físico excesivo. Es de lamentarse que esta edición (que por lo demás es bastante fina) haya sufrido tan poco afortunada solución tipográfica, máxime que el uso de tales cursivas no es rigurosamente necesario, especialmente cuando se trata de nombres propios cuyo origen y significado en la mayoría de los casos es obvio.

Ya son numerosas las empresas e instituciones que han publicado fuentes importantes para la historia mexicana sacando a la luz textos inéditos o reeditando los ya inaccesibles. Estos esfuerzos son muy valiosos y deben aplaudirse, ya que están encaminados nada menos que a fortalecer los cimientos de la investigación histórica. Sin embargo, es de desearse que estos cimientos estén bien consolidados, ya que de otro modo no pasarán de ser meros paliativos que podrán sin duda ayudar a que la labor historiográfica sea más cómoda, pero no contribuir a su enriquecimiento. No cabe duda de que frente al problema hay diferentes tendencias entre investigadores y editores, y tal vez no todos encuentren justificable el esfuerzo de lograr un trabajo más perfeccionado o completo. Sobre todo, debe reconocerse el mérito de quienes han trabajado haciendo frente a serias limitaciones de recursos. Pero esperamos que todos convengan en reconocer la dificultad de la tarea y en que es mucho, y muy importante, lo que ha quedado por hacer.

Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ
El Colegio de México